

ANTES DE LA PREHISTORIA

Es un reto intelectual averiguar cuál fue la primera palabra que verbalizó e intercambió un humano. ¿Un gruñido? ¿Un sollozo? Los sonidos iniciales buscaban el significado del “No”, por ser “No” un concepto rotundo e imprescindible para la supervivencia. —No toques el cocodrilo. —No te sientes sobre el fuego.

El “No” estuvo ligado al “Ay” —tal vez, no pudieron existir separados—. Se exclamaba uno y se obtenía la respuesta del otro.

Mi horda, incluida en la dieta de los leones, llevaba meses cebándolos. Los gritos del “No” y el “Ay”, los escuchábamos a diario. Iban entonados en las carreras de huida o al recibir el zarpazo para caer en suelo con una mala bestia encima relamiéndose. La noche fue insoportable, buscamos el calor de los primeros de rayos de sol. Tog, obsesionado, estaba golpeando rocas para sacar alguna lasca. Le faltaba un dedo, se lo machacó entre dos piedras y días después se le cayó. Los demás, ocupados en el despioje, pasábamos del asunto de golpear pedruscos. Al escuchar el grito de Tog, nuestras cabezas giraron para ver como otro dedo le sangraba. Le dijimos—Noooo.

La humanidad daba un salto fonético. Perplejos y con los ojos como platos soperos escuchábamos maldecir a Tog —Me cago en mi suerte y en todos los santos a caballo al trote. En la tizona del Cid y los ochenta principales. Mierda de piedra. Mierda de todo—dijo lanzando una pedrada que dio de lleno contra la cabeza de Mec — ¡Ay! —contestó frotándose la frente.

La evolución es una actividad complicada. El principal problema es sobrevivir; además de aguantar a Tog, siempre empeñado en hacernos caminar erguidos. Yo entendía que en las hierbas altas era necesario alzarse y estirar el cuello para ver el peligro o la dirección, pero las caminatas a dos simples patas nos resultaban demoledoras. Tog, el pierde dedos y sesudo observador, acompañado de la clarividencia, regañaba incluso a las crías, si nos veía apoyar los brazos en el suelo.

—No— decía. Mostraba que las manos debían quedar libres y sacudía las muñecas con las manos abiertas por encima de la cabeza. A mí, ese comportamiento, me parecía ridículo porque con los huecos en sus manos identificar que arriba se pierden los dedos, se entendía como probable.

El “No” y el “Ay” los dominamos con rapidez. También, enlazábamos las neuronas del “si no te come a ti, tú te lo comes” y obtuvimos el valioso “Ñan”. El sonido hubo que matizarlo, por los malentendidos; alguno al escuchar —Ñan— le clavó los dientes al colega más próximo. El hambre tiene esas bromas.

Superábamos otra estación y fonéticamente erguidos progresábamos entre fatalidades. Nuestros “Ay, No, Ñan” apuntaban a que seríamos la especie dominante. Al vadear un río escuchamos —Ay glup-glup—Novedoso y desconcertante sonido, porque el canijo desapareció para siempre. Lo esperamos un rato en la orilla y nada. No podíamos perder el tiempo con lamentaciones —evolución llama a evolución— Teníamos que zanjar, de una vez por todas, el tema del “Ñan”. Los mordiscos traicioneros desquiciaban a todo el mundo. Si alguien se acercaba a olisquearte o a lamerte, tenías que andarte con mucho ojo, y no perderlo de vista; a la mínima tenías incrustados sus piños en la carne. Descompuesta tu cara por el dolor, y la suya golosa con ojitos dulces de un perdona tal vez me he confundido de ñan.

Como éramos pobres no teníamos bolsillos. Nuestra aproximación al estado de la riqueza fue llenar la barriga. En raras las ocasiones con “Ñan-ñan” conseguimos el hartazgo para quedar inoperantes en la posición erguida. —La bartola llena hay que tumbarla— supongo que diríamos si el lenguaje lo hubiese permitido. Nos topamos con elefante todo muerto. —Ñan, ñan—repetíamos salivando mientras rodeábamos al paquidermo. Cada “Ñan” que pronunciábamos nos transportaba al sabor de la felicidad. La felicidad es agradable, calentita como el sol de la mañana, y no muerde. Verificamos que la manada de los bichos con trompa no estaba por las cercanías. Es desagradable estar sumido en pleno “Ñan” y que te aplasten unas toneladas de elefante todo vivo.

Al principio, cautos mordisquitos, unos verdaderos homínidos de colegio de bien. El muerto no se movía y, el hecho de no oír a sus colegas, —sepan que un elefante hace ruido—, nos empujaron a comer con mayor velocidad y mejor grosería. La distinción, tal y como estábamos (flacos, en pelotas picadas y en mitad de un mundo que no comprendíamos delante del correoso cadáver de elefante), huyó. Nos lanzamos, de cabeza y con los dientes por delante, de lleno al festín. Tog usó lascas para cortar tiras de carne y hacerse trizas otro dedo. Mascaba pausado, triturando bien el bocado, alargando el placer de la boca llena, y yo decidí imitarle. Disfrutábamos de un momento social y estábamos haciéndonos ricos.

Debajo de cada risa puedes encontrar una lágrima; por eso creo, que antes de aprender a comunicarnos, nos comprendíamos. El elefante alivió nuestra existencia durante días y las ranas del río dieron color y frescura a la dieta. El mismo río que se llevó a Glup. Tiempos de dicha, de inactividad para las piernas y ejercicio para la mandíbula. Comprenderse tiene sus requisitos: que no sea territorio de leones, que no estés exhausto por una caminata y por supuesto que las tripas estén ocupadas en la digestión. Vivíamos momentos sociales. Tú, yo, nosotros, nos reconocemos, vamos a comprendernos —molaba—.

Con anterioridad, experimentamos momentos sociales, pero eran de otra naturaleza: apretujarnos por la noche para compartir frío corporal y parásitos, asustarnos todos a la vez y salir de espantada. Todos llenos de calamidad. Un momento social de esos que se disfrutaban con una copa de coñac entre los dedos y un puro ostentoso, dando pasos erráticos para buscar conversación sobre si es adecuado que la reina salude acompañada por capitán de artillería desde el balcón de la residencia de verano. —Pues, la verdad, no— Gratitude para los elefantes vivos que espantaban a los leones y para el elefante muerto que digeríamos ahuyentando el hambre.

Temperatura agradable, atardeceres preciosos, noches estrelladas para dormir a pierna suelta... rozábamos la felicidad, excepto por las moscas. Nuestro destino se forjaba con los procedimientos del casi; en esa contradicción permanente donde se puede reír y llorar la vez. —¡Qué se lo digan a Glup!— Cuando las aguas lo devolvieron, era un triste saco de huesos mojado. Tog insistió en secar al pequeñajo extendiéndolo en el sol. No lo tendimos al completo porque arrastrándolo perdimos las piernas y la cabeza —No nos apetecía volver a buscar nada— Desde un punto de vista artesanal a Glup no lo perdimos en el río. Su pellejo terminó convertido exclusivo bolso. Tog explicaba las bondades del invento mediante la demostración. Esto que tengo en la mano lo pongo aquí y ya no lo ves; pero lo tengo yo. —Tú no has cerrado los ojos y yo no me lo he tragado— Misterios de la ciencia.

El —No ¡Ay!— es un —¡Uy!—, significó un universo. Anticiparse a la vida aplaza la muerte. El “Uy” comenzamos a utilizarlo con frecuencia desde el día de la caída. La horda descansaba, no obstante, intuíamos que pronto comenzaría la marcha. Las crías jugueteaban ajenas a las crueldades que nos acechaban y los adultos, la mayor parte del tiempo, cazábamos moscas. Pasatiempo mil veces más interesante que un sudoku, por la recompensa. Paciencia y habilidad se conjugaban en el movimiento veloz de la mano para atrapar a la mosca antes que

levantase el vuelo. Rapidez para cerrar los dedos y movimiento preciso del pulgar para prensarla. Luego, con un lametón todo para adentro. Algunos preferían crujirla entre los dientes, pero eran los menos. Tog, con su bolso, estaba exultante, paseaba enfrascado en sus cosas de inventos. Me percaté que lo seguía una hembra bajita, poquito más alta que Glup. Apesadumbrada arrastraba los pies y se acurrucaba modosa allí donde se encontraba Tog apoyando su cabecita con sus ojos lastimeros en el costado del inventor acariciando el bolso por el que mostraba gran interés. Intentando establecer una dirección, Tog trepó a un árbol. Lo vimos en las ramas altas, apenas podían soportar su peso, esforzándose por no perder el equilibrio. Ella gritó —Uy— Un crujido dio paso a Tog. Bajada dando volteretas entre una nube de hojas y ramitas. En el último instante pudo agarrarse y evitar dar con sus costillas en el suelo. Gesticulando y chillando nos acercábamos al árbol. Todos esperábamos encontrar un “Ay” con los huesos rotos. Tog estaba colgado cabeza abajo, el bolso en el suelo y ella arrodillada. Se había librado. Ella con ternura recogía el bolso. Desconsolada elevaba su mirada buscando a alguien que no veía, acercaba el bolso a la nariz y aspiraba como si la vida le fuese en ello; para conservar el olor, para darle forma. La compañera de Glup el vivo, rompía a llorar. Nosotros liberábamos a Tog y chillábamos —Uy, Uy. De la que te has librado — Estremecidos diferenciábamos la brutalidad del Ay de la caridad del Uy. Nuestro déficit de atención nos hizo pasar a otra cosa y reanudamos el proyecto mosca.